

HERNAN DIAZ ARRIETA

(Alone)

Palabra de crítico

Renán Díaz Arrieta. Alone. El hombre solo. El hombre que acaba de cumplir 90 años. El hombre que hizo de la crítica literaria un arte, pesé a la sencillez de sus planteamientos: "la crítica —dijo— es un diálogo en que el articulista debe contar lo que sintió al hojear un libro. No con criterio técnico y formalista, midiendo las virtudes de la obra con la vara de la Gramática, la Literatura Preceptiva o una doctrina estilística cualquiera, sino con un ánimo y espíritu de lector corriente. Diciendo si gozó, sufrió o se estremeció con su lectura. Y diciéndolo (esto es quizás lo más importante) en forma también entretenida y amena. El crítico necesita por encima de todo dos cualidades. La primera es representar realmente a sus lectores. Compartir sus gustos y antipatías. Porque si el público, al leer a su vez el libro recomendado, no coincide con el juicio emitido, el crítico está terminado. La segunda virtud indispensable es ser acento. El

maestro más erudito de lenguaje y estilo, rebosante de citas y nomenclaturas, conector de clásicos y modernos, carece de toda influencia si no es leído. Y el público no lee aquello que le aburre".

¡Qué gran lección para los críticos de hoy y de todos los tiempos!

El fue siempre un hombre intuitivo. No en vano, cuando alguien le preguntó cuántos libros recibía al mes, Alone contestó: "necesitaría un contador. Me guio por el olfato, el tacto, la vista, el gusto".

Estudiante en el antiguo Seminario Conciliar, sin ningún ánimo de seguir la carrera eclesiástica e hijo de un agricultor que muy pronto se arruinó, Alone no llegó a terminar sus humanidades. Años más tarde diría: "Simplemente he leído. Diría que no he hecho otra cosa. He leído sin plan".

Puesto a trabajar en un cargo burocrático, Alone descubriría muy joven la buena literatura: "Entonces descubrí un mundo nuevo —diría— lleno de compañeros fascinantes. Era la sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional. No cobaban nada por sacar los libros. Había algunos que nadie retribuía, porque estaban en francés y versaban sobre temas poco populares. Por eso los llevé a casa una y otra vez. Era las obras de Taine, Saint-Beuve y Renán. Sentí la fascinación irresistible de aquella manera sutil, elegante, castañada, de escribir. La prosa de Renán me causaba un placer imposible de describir. Mi entusiasmo me llevaba a comentarlos con los amigos y amigos de mi edad, a quienes veía con poca frecuencia. Una de esas amigas era Inés Echeverría. Iris. Le conversé tanto de Renán (anatemizado por la Iglesia) que, en el colegio, cuando ella oía a las monjas referirse al "impío de Renán", se sonrojaba como si le hubieran hecho una alusión personal".

"El árbol", de María Luisa Bombal, una de sus obras favoritas.

El joven intelectual de "familia decente" (decir "aristócrata" era a su juicio, de "stidioso") no sabía bailar.

Y con elegante estilo describe la sensación que este hecho le causó en uno de los grandes bailes de estreno que se daban cuando él era joven: "Cuando, a los primeros compases de la orquesta, en el vasto "hall" brillante e iluminado, bajo las lámparas, delante de todos, Arturo Walker rodó con un brazo la cintura de Margot Mackenna y, levantando en alto el otro, le cogió la mano, para iniciar, en seguida, alrededor, una ronda cadenciosa, ninguno de los espectadores pudo soñar el torrente de tumultuosas sensaciones que en mí interior se desencadenaron al presenciar este hecho tan previsto y casi obligatorio, dadas las circunstancias, pues, como era bien sabido, los dueños de casa ofrecían la fiesta para presentar o, como se decía, "estrenar" en sociedad a su hija y Arturo Walker la amaba".

En 1921 comenzaría a ejercer, profesionalmente, la crítica literaria en el diario "La Nación", gracias a la ayuda prestada por su amiga Inés Echeverría de Larraín (más conocida por su seudónimo de "Iris") a quien Alone describe en acción: "Las "señoras de Santiago", las nobles damas erguidas y desconfiadas, derechas en sus asientos y devotas, en cuya conversación se mezclan los consejos del padre censor y la manera de fabricar el dulce de membrillo, a quienes toda novedad horroriza; pagadas de sus títulos y sus beneficencias, de sus fondos y de sus parentescos, siempre

dispuestas a iniciar una campaña moralizadora y orgullosas de su abstención literaria como de una virtud muy difícil, que de batallas sostuvo Iris contra esa grey aristocrática, angulosa y respetable que su sola presencia convertía en estatuas, en momias repentinamente inmóviles y vigilantes, que sólo esperaban su ausencia para recobrar la palabra y dejar correr el río de los comentarios!".

Iris y Mariana Cox-Stüven (conocida como "Shade") fueron las grandes damas amigas de juventud y a quienes la literatura ha olvidado en los últimos años. Sus recuerdos llegan hasta nosotros a través de las espléndidas páginas de las Memorias de Alone, "Preterito Imperfecto" (1976). El crítico, que de "La Nación" pasaría posteriormente a "El Mercurio" en donde se desempeñó hasta 1978, publicó durante su vida algunas otras importantes obras entre las que destacan "Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX" (1931), "Historia Personal de la Literatura Chilena" (desde Ercilla a Neruda) (1934), "Los cuatro grandes de la Literatura Chilena durante el siglo XX" (D'Halmir, Prado, Mistral y Neruda) (1963) y una selección de "Las mejores páginas de Marcel Proust" (1968).

Cuando a Alone le preguntaron qué libro chileno había leído con mayor placer, respondió: "En un orden celeste, 'El árbol' de María Luisa Bombal. En el otro, 'Memorias de un Tolstói adentro' de Santiván (con D'Halmir adentro)".

Así pues, ¡a leer!

Texto: Jorge Marchant Lazzano



Los salones de congreso de siglo en donde Alone conoció a Iris y Shade.

